

## Compartir sentimientos, cambiar la historia: emociones de la izquierda vizcaína entre el siglo XIX y el XX

Sara Hidalgo García de Orellán  
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)\*

Recibido: 08/02/2021  
Aceptado: 17/03/2021

**Resumen:** En este trabajo se va a mostrar cómo las emociones fueron motores del cambio y elementos fundamentales en la creación del movimiento obrero. Para ello, analizaremos el caso del movimiento obrero vizcaíno entre los siglos XIX y XX, con gran relevancia a nivel español, y hegemonizado en su primer momento por el socialismo. Veremos, así, cómo el diálogo entre liberalismo y movimiento obrero no sólo fue discursivo o programático, sino también emocional. Se mostrará el proceso de creación de lo que hemos llamado *régimen emocional socialista rojo*, y se analizará cómo la solidaridad actúa como una normatividad emocional fundamental en la creación de la clase y de la comunidad socialista. Asimismo, se estudiarán procesos de cambio interno dentro del socialismo, prestando atención al basamento emocional de dichos cambios.

**Palabras clave:** historia de las emociones, movimiento obrero vizcaíno, socialismo vasco, régimen emocional socialista rojo, solidaridad.

## Share feelings, change the history. Emotions in Basque Left between the XIX and XX centuries

**Abstract:** The aim of this paper is to show how emotions have been a driving force for change and a key element in the making of the working-class movement. For doing so, the process that unfolded in Biscay between the XIX and XX centuries, during which the working-class movement, led by socialism, was born. We will show how the dialogue between liberals and the working-class movement not only was related to discourses or political programs, but was also an emotional dialogue. In this regard, it will be shown the making process of a red socialist emotional regime, and we will see how solidarity was an emotional norm fundamental for the creation of the class and of a socialist community. Moreover, the internal processes of change that happened inside the socialism movement will be analyzed, paying close attention to the emotional basement of such processes.

**Keywords:** history of emotions, working class movement in Biscay, Basque socialism, red socialist emotional regime.

**Sumario:** 1. Historia de las emociones y movimiento obrero: el fin de un antagonismo. 2. Lucha emocional en la génesis de la lucha de clases. 3. Compartiendo emociones, creando la clase. 4. La navegación emocional del socialismo vasco: del obrerismo *perezaguista* al *prietismo*. 5. Epílogo: emociones positivas para articular políticas públicas. 6. Bibliografía

---

\* sara.hidalgo@ehu.es

Este trabajo forma parte de las investigaciones desarrolladas en el marco del proyecto «Nacionalización, Estado y violencias políticas (siglos XIX- XXI)», apoyado por el Ministerio de Economía y Competitividad (HAR2017-83955-P), por el Gobierno Vasco (IT 1227-19) y por la Universidad del País Vasco (UPV-EHU) (GIU 18/107).

(Se) ha afirmado gallardamente la solidaridad entre todos los explotados del mundo. Nadie que se tenga por serio podrá negar hoy que la inmensa masa obrera, sin distinción de nacionalidad ni de raza, tiene un programa común y se mueve impulsada por los mismos sentimientos<sup>1</sup>.

Para una gran parte de los teóricos y estudiosos del movimiento obrero, el marxismo, y las ideologías que del mismo se derivan, es un pensamiento claramente racional, que nada tiene que ver con las emociones románticas o con la exaltación pasional de otras ideologías –véase, por ejemplo, el fascismo o el nacionalismo-. De hecho, el socialismo científico –una de las culturas políticas en torno a las cuales se ha articulado una parte del movimiento obrero- toma esa denominación para diferenciarse del utópico. Ahora bien, tal y como vamos a exponer en este artículo, el marxismo –y por ende el movimiento obrero, que pivota sobre su propuesta programática- tiene una vertiente emocional importante. No olvidemos que los *Manuscritos de economía y política*, escritos por un joven Karl Marx en 1844, pueden ser incluidos en el movimiento romántico, tal y como afirmó Jürgen Habermas en 1990 (Habermas, 1990: 15), a pesar de que cuando el filósofo alemán culmina su obra magna, *El Capital*, en 1867, poco queda del planteamiento romántico, que ha sido desplazado por nociones como «razón científica», «universalidad» o «intereses económicos de clase». Y, no obstante, podemos ver que, en realidad, tal y como Michael Lowy y Robert Sayre afirman, aunque el marxismo bebe de la tradición ilustrada, su acercamiento al romanticismo le permite un mejor diagnóstico de los problemas y contradicciones de la sociedad capitalista, al crear una nueva forma de pensar el capitalismo y su economía (Lowy y Sayre, 2008: 114 y 117-122). Por ello, podemos decir que la vertiente emocional del movimiento obrero es un interesante prisma de estudio que no debe perderse de vista y, para ello, la historia de las emociones puede jugar un papel principal.

Pero, además, existe otra dimensión por la cual este paradigma teórico puede resultar útil para el estudio del movimiento obrero. Hasta ahora, muchos de estos estudios habían pivotado sobre la economía, los códigos culturales o, incluso, el lenguaje<sup>2</sup>. Ir más allá en la búsqueda de la causalidad social e indagar cómo una emoción, en tanto que teje la experiencia humana, resulta fundamental para comprender tal experiencia, se torna necesario. En este artículo vamos a justificar la pertinencia de atender a las emociones en el estudio del movimiento obrero, al tiempo que expondremos cómo algunas de ellas, especialmente la solidaridad –que actúa como una normatividad emocional con un claro componente político, y que moviliza la empatía-, han sido fundamentales a la hora de articular políticas de izquierda, usando como hilo conductor la cultura socialista vasca desde su fundación en 1890.

## 1. Historia de las emociones y movimiento obrero: el fin de un antagonismo

En los últimos años, en las ciencias sociales en general y en la historiografía en particular, estamos asistiendo a un creciente interés por la emoción, entendiéndola como una categoría analítica fundamental para comprender el cambio histórico. Se considera que, al ser un elemento intrínseco de la experiencia humana, ésta se constituye en motor de cambio político, dimensión que aquí nos interesa. Se abren, así, nuevos interrogantes

<sup>1</sup> Mitin huelga minera Vizcaya 1890 (*El Socialista*, 16 de mayo de 1890).

<sup>2</sup> Entre otros, destacan para el caso español, (Pérez Ledesma, 1997), (Cruz, 1997); o (Felipe, 2012)

sobre cómo entendemos los procesos políticos del pasado, al tiempo que se ponen los mimbres para pensar políticas en el futuro.

Ahora bien, la aplicación del andamiaje teórico y metodológico de la historia de las emociones ha sido escasamente explorada para el estudio del movimiento obrero o de las culturas políticas de izquierda, aunque existen algunos estudios interesantes que, desde tiempo atrás, apuntaban en esa dirección. Es el caso del historiador Edward P. Thompson, quien en 1971 realizó un análisis novedoso de las motivaciones que llevaron a los campesinos de la Inglaterra del siglo XVIII a protagonizar las revueltas en protesta por las crisis de subsistencias, y sostuvo que estas acciones no estuvieron motivadas por la irracionalidad o la exaltación de las pasiones, como hasta entonces se creía, sino por lo que él llamó una «economía moral» (*moral economy*). Esta suerte de código moral aunaba una visión tradicional de las normas sociales y obligaciones y de las funciones económicas que se esperaba de los partidos políticos dentro de la comunidad. Sería el ataque a estos supuestos morales, y no un comportamiento irracional o perturbado, lo que llevaría a los campesinos, en muchas ocasiones, a recurrir a la violencia para defender ese código y reivindicar su papel social (Thompson, 1971: 79). De esta manera, las actuaciones más o menos violentas de las capas populares pasaron a examinarse no como motivadas por la irracionalidad, sino por nociones colectivas de libertad o independencia y, consecuentemente, estos campesinos se convirtieron en sujetos históricos y políticos. Thompson es, además, padre de uno de los conceptos revolucionarios en el estudio de las acciones humanas en el pasado, la *experiencia* (Thompson, 1963 y 1981). Thompson no desarrolló ex profeso la cuestión de las emociones, aunque su propuesta abrió la puerta a interesantes reflexiones sobre cómo y por qué se conforma la experiencia de clase.

Eso sí, antes de que Thompson reflexionara sobre movimientos populares de distinta índole, la emoción ya había penetrado, de manera muy tímida, en el campo de la historia. Pionero en este sentido fue *The Waning of the Middle Ages*, de Johan Huizinga (1919), al que siguieron *El proceso de civilización*, del sociólogo Norbert Elias (1939), o *Sensibility and History*, de Lucien Febvre (1941), considerado este último el trabajo fundador de la historia de las emociones. Ahora bien, esta incipiente corriente se vio interrumpida durante las décadas que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando se produjo el asentamiento del llamado «racionalismo de posguerra», una corriente de pensamiento que pivotaba en torno a la idea de que los totalitarismos ideológicos que habían llevado a los desastres previos a 1945 estaban preñados de pasiones, exaltación emocional y temperamentalidad, elementos que, dadas las consecuencias conocidas, se habían revelado como absolutamente contrapuestos a lo que se entendía por el ejercicio político (Biess y Gross, 2014).

No fue hasta 1970 cuando resurgió el interés por los entresijos de la vida afectiva de las poblaciones en el pasado. En este marco son reseñables los trabajos de género que proponían cambios en las periodizaciones históricas, atendiendo a la experiencia de las mujeres en los procesos históricos<sup>3</sup>, así como los estudios antropológicos que cuestionaban la universalidad de las emociones –poniendo, por tanto, el foco en su construcción cultural- y la noción hegemónica de que las emociones pertenecerían a lo femenino –y por tanto la razón a lo masculino- (Rosaldo, 1980; Abu-Lughod, 1986).

---

<sup>3</sup> Destaca aquí el trabajo pionero de Kelly Gadol, *Did women have a Renaissance?*, donde concluyó que el inicio del Renacimiento supuso en realidad una entrada en un oscurantismo y retraso en las opciones personales y sociales de las mujeres en comparación con la anterior etapa de la Edad Media, al producirse una reestructuración de las relaciones entre hombres y mujeres, así como de los espacios públicos y privados que fue el germen de las modernas relaciones entre sexos (Gadol, 1987: 22 y 47).

También hubo estudios sobre la separación espacial como separación de sexos y de formas de expresión emocional<sup>4</sup>.

De manera paralela, en otras disciplinas la rígida dicotomía entre razón y emoción fue encontrando cada vez más objeciones, al tiempo que se reubicó la emoción como elemento central en la conformación de la racionalidad humana y los procesos de toma de decisiones. Destacan aquí las investigaciones en psicología cognitiva (Lazarus, 1982) y neurociencia (Damasio, 1994) –esta última ofrece un corpus médico a los planteamientos filosóficos que entroncan con Spinoza, la Ilustración escocesa o la fenomenología–.

Poco a poco, la historiografía fue imbuyéndose de estos debates. En los años ochenta, los historiadores Peter y Carol Stearns acuñaron el novedoso concepto «emotionology», que hacía referencia a las actitudes que una sociedad o grupo social tiene hacia las emociones básicas y su apropiada expresión (Stearns y Stearns, 1985). En 2001, el historiador William M. Reddy publicó *The Navigation of Feeling*, una relectura de la Revolución Francesa bajo el prisma de la historia de las emociones, donde expone un amplio y completo marco teórico y proporciona una serie de herramientas conceptuales muy útiles para los estudios de los procesos políticos en el pasado atendiendo a la navegación emocional de sus sujetos individuales y colectivos. A nuestro parecer, los conceptos más interesantes para el estudio del movimiento obrero son el *emotive* y el *régimen emocional*. Reddy distingue entre la emoción sentida y su expresión (el *emotive*), entendiendo que ésta última es producto de un proceso complejo, culturalmente mediado, y que no consigue captar a través del lenguaje la totalidad del significado de la emoción sentida (Reddy, 2001: 105). Esta propuesta además nos abre la puerta a los estudios sobre el poder y la política, pues, tal y como afirma este autor «el control emocional es el lugar del ejercicio del poder», propiciando así un interesante debate sobre las emociones y el ejercicio de poder (Reddy, 1997, p. 335).

Asimismo, y referido a las dinámicas de masas, las emociones también se convierten en elemento explicativo de las mismas. En este punto, las aportaciones de la sociología fueron fundamentales. Ya en el siglo XIX, distintos estudiosos sociales se fijaron en esta relación, especialmente en el momento en el que el movimiento obrero eclosionaba, tal y como ha estudiado Sabine Hake, quien afirma que el discurso de las dinámicas de masas decimonónico es inseparable del auge del movimiento obrero y del socialismo (Hake, 2017: 34). Desde la historia, Febvre, en su citada obra de 1941, hablaba del «contagio emocional», pero ahora sociólogos como Randall Collins desarrollan la idea de que la dinámica social es primeramente emocional, ya que el individuo decide a qué movimiento adherirse, no tanto por un cálculo racional del coste-beneficio, sino por lo que él llama el flujo/energía emocional (*emotional flow*) que esa dinámica genera (Collins, 2001: 41). Junto a Collins, la también socióloga Deborah Gould ha hecho interesantes aportaciones a este campo (Gould, 2009).

La historia de las emociones reivindica la utilidad y conveniencia de atender a éstas para una mirada renovada sobre la experiencia humana del pasado. Diversas corrientes abordan esta categoría y la adaptan a sus estudios. En este trabajo las emociones nos interesan no tanto como elementos que conforman la experiencia interna e individual del individuo, sino porque éstas son relacionales y nos muestran relaciones de poder, sociales, de género, de clase, y códigos culturales. Es decir, *cómo* se expresan las emociones, *quién* las expresa, *dónde* y *ante quién* son preguntas útiles para los estudios relativos al movimiento obrero (Matt y Stearns, 2014).

---

<sup>4</sup> Referido a la separación entre lo público y lo privado –y los códigos binarios que de tal separación se derivaban–, el filósofo Jürgen Habermas propuso que el espacio público sería el lugar de la racionalidad, mientras que los afectos se desarrollarían en el espacio privado (Habermas, 1992).

## 2. Lucha emocional en la génesis de la lucha de clases

En 1890 se produce en la Vizcaya minera e industrial uno de los acontecimientos clave para el mundo obrero y para la modernización, no solamente de esta provincia, sino de España: la gran huelga minera que certifica el nacimiento del movimiento obrero. Lo hace de la mano del Partido socialista, fundado en Bilbao en 1886 por un núcleo liderado por Facundo Perezagua (Hidalgo, 2016). Este nacimiento ha sido estudiado desde la perspectiva de los parámetros políticos (Fusi, 1975; Miralles, 1990), pero un análisis a la luz de la teoría de las emociones nos permite constatar que éstas jugaron un papel de primer orden en aquel acontecimiento. Vamos a desgranar, primero, las emociones de resistencia a un régimen liberal que estigmatizaba enormemente al mundo obrero para mostrar, a continuación, las emociones que cimentaron la colectividad de la que nació el movimiento obrero.

En el momento en que se produce la huelga, el mundo obrero venía manteniendo un tenso diálogo con la burguesía liberal sobre cuáles eran los elementos que definían la pobreza cada vez más creciente de las clases trabajadoras. Donde la burguesía veía «cuestión social», el socialismo veía «lucha de clases», una dicotomía bajo la cual subyacían distintas emociones que no solamente influyen en el debate, sino que lo resignifican constantemente. Los pensadores liberales de la «cuestión social» trataron con este concepto de objetivar esta realidad y alejarla de las connotaciones cristianas que todavía tenía el concepto de pobreza (Capellán de Miguel, 2004: 540). Para ello, además de crear todo un corpus teórico en torno a la economía liberal y las nuevas relaciones laborales, se definió el cuerpo obrero y sus costumbres a través de emociones como el asco o la vergüenza, al tiempo que se percibía con miedo sus modos de vida o su incipiente asociacionismo político, al considerar que el incipiente internacionalismo inoculaba odio en los obreros hacia la burguesía. Sintomático de esta percepción son las palabras del escritor liberal Nilo Fabra, quien afirmó en 1892 que la propagación y triunfo del socialismo era producto de «el odio profundo que se había apoderado de las masas proletarias contra las clases pudientes; odio nacido del cambio de costumbres y de la manera especial de ser de las sociedades modernas» (Fabra, 1892: 125). Además, como se ha señalado, la interpelación de la burguesía al mundo obrero se hizo en gran medida por el estado de su cuerpo, muchas veces sucio o enfermo, y por las condiciones de vida en que tenía que desenvolverse, ligando esa realidad a una muy específica moral, la burguesa. La taberna, donde muchos obreros pasaban sus horas de ocio, se convirtió en una auténtica «bestia negra» para esta burguesía. Las palabras pronunciadas a mediados de siglo por el higienista Pedro Felipe Monlau de que «el espectáculo de un borracho es una cosa repugnante» (Monlau y Salarich, 1984: 193), resonaron y fueron compartidas por la burguesía liberal decimonónica (Hidalgo, 2018: 91-120).

Al mismo tiempo, las diferentes epidemias y enfermedades que cada cierto tiempo embestían a la población fueron objeto de una lectura moral, tal y como ocurrió durante la epidemia de cólera en Vizcaya de 1885, durante la cual se aisló al colectivo obrero a través de un lazareto sanitario<sup>5</sup>, de modo que donde se pretendía crear un cordón sanitario,

<sup>5</sup> «La línea de inspección acordada por todas las autoridades para evitar la propagación de la epidemia que reina en algunos pueblos del Oeste de Vizcaya ocupará un perímetro de 45 kilómetros desde el extremo del río Cadagua a Somorrostro, pasando por Santurce, Las Carreras, Pucheta, Las Cortes, Regato, Santa Agueda, Castrejana, Burceña y Luchana» (*El Noticiero Bilbaíno*, 31-10-1885). En la prensa aparecen reflejadas las actuaciones del ejército y autoridades del orden directamente relacionadas con el cólera, como este caso: «viendo la junta de Sanidad del valle de Oquendo la aproximación del terrible huésped del Gánges en el pueblo de Sodupe, distante dos kilómetros, y el continuo tránsito por que allí se hacía de los emigrados de las minas de Somorrostro, (...) resolvió un día por unanimidad de votos acudir al señor diputado (...)

se estaba creando también un cordón social motivado por una lectura moral en un sentido estigmatizante. No en vano, en la prensa del momento, se afirmó que el «paciente cero» de la enfermedad había sido «una mendiga» al tiempo que se resaltaba el peligro de que llegaran a Vizcaya «gentes que venían de otras provincias donde el cólera causaba estragos»<sup>6</sup>. Además, una vez hecho efectivo el cordón sanitario, mucha gente escapó del mismo y, en ese proceso, la prensa describió a esas personas como «bandadas de trabajadores de las minas de Vizcaya» que «han cometido atropellos»<sup>7</sup>. Es decir, dentro del eje civilización-barbarie se inscribía a los obreros en la segunda categoría.

En este tiempo, al obrero y al pobre –dos conceptos que en la pujante economía vizcaína del momento a menudo se confundían– se les suponía una mayor predisposición a la temperamentalidad, un comportamiento motivado por bajas pasiones y un menor grado de raciocinio e incluso de humanidad en comparación con la clase media. Valga como ejemplo la descripción que de las clases populares hace el Instituto Libre de Enseñanza –que agrupaba a la burguesía más progresista– en la Comisión de Reformas Sociales<sup>8</sup>:

la ignorancia casi absoluta es su patrimonio, y embotado el sentimiento y desarreglada su voluntad, ofrecen un conjunto de carácter semisalvaje y primitivo (...) su sistema nervioso dispuesto todo exceso o un sentimiento de semiidiotismo que las incapacite para todas las relaciones individuales y sociales (Castillo, 1985: tomo II: 274 y 289).

La respuesta del mundo obrero a esta interpelación tan negativa y estigmatizante no se hizo esperar. En Vizcaya la réplica dignificadora se articuló en gran medida en torno a la cultura socialista, a través de la cual se canalizó la indignación de estos obreros. Eso sí, queremos resaltar que esa respuesta y la propia interpelación son dos procesos simultáneos, ya que, tal y como afirma la socióloga Sarah Ahmed, las emociones que se asocian a un objeto no son inherentes a ese objeto, sino que son performativas, crean o construyen a ese objeto (Ahmed, 2004: 82). De esta manera, el socialismo dio forma a un cuerpo obrero dignificado, un estilo emocional racional y alejado de la temperamentalidad y reivindicó la condición humana de los obreros, al tiempo que creó una norma emocional fundamental para cimentar el colectivo, la solidaridad. Asimismo, expresó la indignación y rabia que los obreros sentían por sus condiciones de vida a través de la práctica de la huelga –iniciando un ciclo político en el que prevalecen estas características y que se extiende hasta 1910–. Todos estos elementos emocionales y discursivos constituyen lo que llamamos –usando la nomenclatura *reddydiana*– *régimen emocional socialista rojo*, y los consideramos el basamento de la propuesta programática socialista en la formación del movimiento obrero. Un basamento fundamental, que daba forma y fondo a las aspiraciones colectivas de una parte de los obreros, y en el cual, como podemos observar, las emociones son el motor principal. Veamos detenidamente el proceso a través de algunos acontecimientos clave.

---

pidiendo un par de millones para guardar el primer pueblo colindante (...), sin pérdida de tiempo ha mandado dichos dos millones» (*El Noticiero Bilbaino*, 6-11-1895).

<sup>6</sup> «Causa de un triste efecto» (*El Noticiero Bilbaino*, 27-10-1885).

<sup>7</sup> *El Noticiero Bilbaino*, 3-11-1885.

<sup>8</sup> La Comisión de Reformas Sociales fue un ente institucional puesto en marcha por el ministerio de Gobernación en 1884 con el objetivo de conocer las condiciones de vida y laborales del colectivo trabajador en España. Se envió para ello una encuesta a todo el país y ponentes de diversas líneas ideológicas, entre ellos anarquistas y socialistas, participaron como ponentes en esta Comisión (Castillo, 1985).

### 3. Compartiendo emociones, creando la clase

Hemos hablado de la negativa y estigmatizante interpelación de la burguesía al mundo obrero, y de cómo éste articula una respuesta política en clave socialista y basamentada en el *régimen emocional socialista rojo*. La articulación de tal respuesta es un proceso complejo y mantenido en el tiempo, con acontecimientos puntuales, como la citada huelga a la que nos referiremos más adelante, y procesos más a largo plazo, como la lucha dialéctica y emocional que se mantuvo en torno al tema de la taberna.

Comenzamos por la huelga minera de 1890, por ser considerada –por los contemporáneos, por el movimiento obrero posterior y por la historiografía (Fusi, 1975: 82; Miralles, 1990: 17; Hidalgo, 2015) - como el acontecimiento que saca al partido socialista de una situación *cuasi* marginal en la política vizcaína del momento y lo entrona como el movimiento de masas más importante del momento. No vamos a hacer un recorrido pormenorizado por este acontecimiento, porque no es el objetivo que perseguimos, sino que vamos a destilar las emociones que en el mismo actuaron y que se convirtieron en ejes del movimiento obrero.

La solidaridad, sin duda, fue uno de los elementos movilizadores más potentes del momento. El filósofo Antoni Domènech ha sostenido que la solidaridad ha sido fundamental en las movilizaciones populares de distinto signo desde que la Revolución Francesa hiciera de la *fraternité* el elemento por el cual los «de abajo» llegarían al poder. Con el tiempo, su significado fue permutando, y a partir de 1871 se entendió como la norma emocional que consolidaría una democracia de corte socialista (Domènech, 2004). Por su parte, Lawrence Wilde afirma que tres formas de solidaridad aparecieron en el siglo XIX, la ético-inclusiva, la redentora y la de la lucha de clases, siendo esta última la que prevaleció de manera general hasta la ruptura de la Primera Guerra Mundial (Wilde, 2014). En la Vizcaya de 1890 la solidaridad fue una emoción fundamental en la creación y cimentación de la conciencia de clase. Así apareció por vez primera durante el 4 de mayo de 1890, la fiesta del trabajo. Ese día, por vez primera, marcharon por las calles de Bilbao al unísono diferentes gremios como canteros, panaderos o tipógrafos, a quienes se habían unido los mineros que bajaron de la zona de Triano-Somorrostro a la Villa<sup>9</sup>. La solidaridad mostrada en ese momento, cimentó el sentimiento de pertenencia al grupo y de alguna manera dejó de lado los intereses particulares de cada oficio para focalizar a todo el grupo en los intereses colectivos de la naciente clase.

Compañeros, estamos convencidos que será imposible esperar la redención de la clase trabajadora, sacándola de la esclavitud degradante de la miseria, de la ignorancia y de los abusos del capital, si para ello no comenzamos por unirnos en legión irresistible y fuerte (...) La manifestación del 1º de mayo es la más hermosa jornada del trabajo. Queremos ser hombres y queremos ser libres<sup>10</sup>.

A los pocos días, al estallar la huelga minera, volvemos a ver la reivindicación de la solidaridad de clase como elemento cimentador y articulador del colectivo, al dar la consigna de que «Debe haber unión y compañerismo entre nosotros»<sup>11</sup>. Un compañerismo espoleado por la solidaridad que se observa cuando se pide la unión de otros sectores ajenos al minero. Tal y como se relata en la prensa, esta adhesión fue posible gracias a la solidaridad, ya que al llegar los mineros a los talleres y gritar «es de traidores

<sup>9</sup> *El Noticiero Bilbaíno*, 4-5-1890.

<sup>10</sup> *El Noticiero Bilbaíno*, 4 -5-1890.

<sup>11</sup> *El Noticiero Bilbaíno*, 15-5-1890.

abandonarnos», «los obreros todos se marcharon abandonando los talleres»<sup>12</sup>. Nuestra pregunta en este punto es ¿por qué abandonaron sus puestos de trabajo los obreros metalúrgicos, que no tenían queja de su jornal? La respuesta nos la da este obrero anónimo, que además nos muestra el modo en que el concepto de solidaridad –y la normatividad emocional que se usa para garantizarla, la vergüenza<sup>13</sup>– operó entre diferentes colectividades que en principio no experimentaban las mismas condiciones:

nosotros estamos muy satisfechos (con los salarios). Trabajamos menos tiempo que los demás obreros, tenemos libres las tardes de los sábados y nuestros jornales son crecidos, pero tenemos espíritu de compañerismo y defendemos los derechos de nuestros hermanos de las minas<sup>14</sup>.

El estilo emocional pacífico fue otro de los elementos fundamentales del movimiento obrero vizcaíno, convirtiéndose en un modo de reivindicación política de su humanidad y racionalidad. Como se ha señalado, la burguesía definía y catalogaba a los obreros como irracionales, pasionales, temperamentales o semianimales, es decir, epítetos que se asocian con un comportamiento violento. El socialismo del momento era muy consciente de que en esa asociación se jugaba la legitimidad política, y por ello reivindicaba constantemente que «iremos pacíficamente»<sup>15</sup>. Al mismo tiempo, y a través de este comportamiento, se trató de invertir el eje civilización/razón/contención-barbarie/pasión/violencia a favor del mundo obrero: «los parásitos de la sociedad (la burguesía) tiemblan de espanto ante las pacíficas manifestaciones de los trabajadores del mundo civilizado»<sup>16</sup>. Finalmente, la proclama de «queremos ser hombres y queremos ser libres»<sup>17</sup>, hecha unos días antes, nos remite a la reivindicación de condición humana que el socialismo hacía para los obreros, en esa ya expuesta lucha dialéctica y emocional que mantenía con la burguesía sobre el eje civilización-barbarie.

Hemos destacado la importancia de la taberna como un espacio de sociabilidad popular y lugar de debate para el movimiento obrero (Ralle, 1989; Campos, 1997). Aquí nos interesa la vertiente emocional del mismo y, especialmente, el reforzamiento de la solidaridad obrera que en ella se da. En Bilbao, el socialismo no solamente no estigmatizó la taberna –como se venía haciendo en otros enclaves socialistas, como Madrid–, sino que hizo de la misma un refugio, un centro de sociabilidad y un lugar donde compartir experiencias y emociones, reforzar lazos afectivos y de hermanamiento. Es esta una vertiente interesante, teniendo en cuenta que una de las armas arrojadizas más punzantes de la burguesía hacia el mundo obrero era precisamente su costumbre de frecuentar la taberna donde «se destruye la decencia y el recato» y el borracho se convertía en objeto «de desprecio» –en palabras del médico bilbaíno José Gil y Fresno (Gil, 1871: 87-88)– y donde «la blasfemia toma carta de naturaleza» –a juicio de Pidal y Mon, observador

<sup>12</sup> *La Libertad*, 17-5-1890.

<sup>13</sup> La vergüenza que se quiere proyectar sobre aquellos que no se sumaban al paro lo vemos en la alusión al término «traidor», cuyo significado alude al renegado, a aquel que con su actitud pone en peligro un proyecto colectivo –en este caso la huelga– y, por tanto, a aquel al que ese colectivo ha de dar la espalda, proyectando la vergüenza sobre él. Tal y como afirma a este respecto Martha Nussbaum, la vergüenza está íntimamente relacionada con la humillación, que «suele afirmar que la persona en cuestión es rastrera, no está a la par de otro en término de dignidad humana»; al tiempo que pone de relieve el rol constructivo de la vergüenza en el desarrollo y en el cambio de moral, elementos ambos que, aunque aquí no se desarrollan, se perciben en el tratamiento que se daba a las personas que no secundaban las huelgas. (Nussbaum, 2003: 243-248)

<sup>14</sup> *La Libertad*, 18-5-1890.

<sup>15</sup> *El Noticiero Bilbaíno*, 15-5-1890.

<sup>16</sup> *El Socialista*, 23 -5- 1890.

<sup>17</sup> *El Noticiero Bilbaíno*, 4 -5-1890.

conservador y católico<sup>18</sup>. Ante tan negativa definición, y evitando ensalzar el alcohol y sus narcóticas consecuencias entre aquellos que lo ingerían, el socialismo hizo de la taberna un centro socialista. Nos referimos a la taberna regentada por el propio Facundo Perezagua, que se convirtió en un lugar positivamente connotado a través de espolear sentimientos como el hermanamiento o la camaradería –fundamental en el proceso de asentamiento de la sociedad moderna, cuando los lazos familiares se van disolviendo a favor de lazos de hermanamiento basados en aspectos como el oficio o la ideología<sup>19</sup>. El escritor realista Blasco Ibáñez, tras un periodo de estancia en Bilbao alrededor de 1900, plasmó en su obra *El Intruso* el significado de la taberna para los trabajadores de la cuenca del Nervión:

¡Qué otro placer que salir de allí (de la fábrica de Altos Hornos), que la paz y la sombra de la taberna, con el vaso delante que daba una alegría momentánea, engañando al hombre con ficticias fuerzas para seguir aquella vida de salamandra! (Blasco Ibáñez, 1999: 105).

La taberna es descrita como un lugar agradable, en contraposición al lugar de trabajo, donde el cuerpo y la mente se alienaban y reificaban. Podemos, por ello, considerar la taberna como un *refugio emocional*, término *reddydiano* definido como aquel lugar donde la persona se puede relajar del régimen emocional dominante o hegemónico y también el lugar donde construir uno nuevo (Reddy, 2001: 118). Y es que la taberna socialista en Bilbao no solamente se convirtió en el centro obrero *de facto*, sino que su mera presencia y el uso en positivo que de ella hacían los socialistas era toda una declaración política de dignificación y de contestación al estigma que la burguesía proyectaba sobre ellos.

Con estos mimbres el socialismo vasco no sólo echó a andar, sino que hegemonizó el discurso de la dignificación del obrero y se convirtió en el movimiento de masas más importante del momento. Ahora bien, en el seno del socialismo también se estaba produciendo una navegación emocional, sus propios debates sobre qué era la dignidad, cómo definir el cuerpo obrero o cuál era la táctica política a seguir. En la primera década del siglo XX la decantación que se venía produciendo casi desde la fundación cristalizó.

#### **4. La navegación emocional del socialismo vasco: del obrerismo *perezaguista* al *prietismo***

El paso de un socialismo de corte obrerista (también conocido como perezaguismo) al prietismo (quintaesencia del socialismo republicano) no sólo fue un movimiento programático, en el que se pasó de la táctica de la huelga como modo de lucha política y de reivindicación a la lucha electoral, sino también emocional, ya que el estilo emocional obrero cambió sustancialmente, pasando de un comportamiento considerado en la época como irracional a uno racional, proyectando emociones estigmatizantes sobre espacios como la taberna o reivindicando la solidaridad de clase sobre unos nuevos parámetros. Nos sumergimos, así, en el basamento emocional de este proceso político.

<sup>18</sup> Pidal Y Mon, A: «El campo en Asturias» *Revista Cántabro-Asturiana*, 1877, pp. 110-112. Citado en García, 2008: 78.

<sup>19</sup> Aquí hay que apuntar que estas emociones positivas se adscribían al cuerpo masculino que iba a la taberna, no al femenino. Hay que recordar que el movimiento obrero en estos momentos se asentaba sobre una identidad masculina, y esa camaradería era positiva cuando se daba entre hombres. En cambio, mujeres trabajadoras como las sirgueras, que frecuentaban las tabernas de la zona portuaria, fueron descritas como «demacradas y escuálidas» y su ocupación como «repugnante». El desarrollo de esta idea no se va a hacer en este trabajo, pero puede verse en (Hidalgo, 2018: 165-176).

Es cierto que, ya desde el momento de su fundación, en el socialismo vizcaíno convivían dos «almas», dos formas de entender la clase y el mundo obrero. Cuando Miguel de Unamuno, afiliado al socialismo bilbaíno desde 1894, escribía en *La Lucha de Clases* –órgano de prensa del partido socialista en Vizcaya-, una parte del mundo obrero, especialmente el sector minero, no comulgaba con sus ideas, y personas como Perezagua sentían cierta animadversión hacia su persona<sup>20</sup>. De hecho, como se ha señalado, para los mineros la ocupación masiva del espacio público era el elemento fundamental para apuntalar la lucha de clases y el modo en que conseguían sus mejoras. Esta dicotomía se vino manteniendo a lo largo de la última década del XIX, pero los grandes triunfos conseguidos por el obrerismo silenciaban las críticas. No obstante, la corriente de fondo, liderada entre otros por Felipe Carretero, perteneciente al núcleo fundacional del partido y tipógrafo, no sólo no desapareció, sino con el cambio de siglo empezó a hacerse más fuerte. Uno de los elementos que más influyeron para ello fueron los constantes fracasos electorales del partido –por ejemplo, Pablo Iglesias se presentó en diversas ocasiones por Bilbao y no consiguió ser diputado hasta 1910, cuando se integró en una coalición con los republicanos-, que ponían muy a las claras la situación: los obreros apoyaban por miles las huelgas, pero luego no les votaban. Pero además de la cuestión electoral también hay un cambio en la percepción emocional de la lucha de clases y los elementos que la componen, así como un cambio generacional. Ante tal tesitura una facción del partido comenzó a organizarse en 1903.

Ese año distintos acontecimientos nos muestran un cambio en el basamento emocional del socialismo vizcaíno. Por una parte, el emergente liderazgo de Tomás Meabe, un joven intelectual de clase media y renegado de la religión católica y del nacionalismo *aranista* donde había militado, generaron que esa parte de la clase media que sentía simpatía por el socialismo, pero no por el obrerismo, comenzaran a percibir de un modo más positivo al partido, es decir, empezaron a crear lazos de confianza. Meabe no solamente fue director de *La Lucha de Clases* desde 1903 –ante los recelos del sector obrerista del partido-, donde imprimió su visión sobre el movimiento obrero, sino que introdujo algunos temas de debate hasta entonces orillados y creó las Juventudes Socialistas (González de Durana, 2011; Moral, 2015).

Esto último fue quizás uno de los aspectos más significativos, porque esta organización dio cobijo a una nueva generación de jóvenes que compartían sociabilidad con la juventud republicana –el partido republicano se había refundado también ese mismo año-, lazos afectivos, estilo emocional, todo lo cual iba creando unos lazos de confianza. Este espíritu de confianza entre dos grupos hasta entonces opuestos y enemigos, republicanos y socialistas, queda bien plasmado en las veladas que las juventudes de ambos partidos compartían bien en el Casino republicano bien en el Centro Obrero<sup>21</sup>. Además, el estilo emocional que desplegaban las Juventudes era muy distinto

---

<sup>20</sup> A pesar de afirmar que «nuestro júbilo al contar entre nosotros a un hombre de las cualidades que usted reúne es ilimitado», Perezagua escribe a Unamuno el 14 de enero de 1897 para pedirle que se haga responsable de un artículo suyo sin firma publicado en *La Lucha de Clases* que había llevado a la cárcel a su director, Valentín Hernández, una conducta considerada por este último como fuera de lugar (Gómez Molleda, 1980: 259-261).

<sup>21</sup> Valga, como ejemplo, este extracto: «La Juventud Socialista y la Republicana, fraternizaron desde ayer en Bilbao con gran entusiasmo y regocijo. Un nutrido grupo de individuos de ambas Juventudes, que salió a las tres y media de la tarde del Casino de la calle de la Ribera, se dirigió a la calle de Santa Teresa, a casa del director de La Lucha de Clases, D: Tomás Meabe, entonando frente a la puerta varios himnos e invitando al Sr. Meabe a que los acompañara», terminando el artículo aludiendo a que cantaban La Marsellesa (himno republicano) y La Internacional (himno socialista) (*La Lucha de Clases*, 5 -12-1903).

al del obrerismo: alejados de la taberna y del alcohol<sup>22</sup> –que ahora califican como «vicio que deshonra, esclaviza, embota los sentidos de una parte de la clase trabajadora<sup>23</sup>»-; alineándose con los planteamientos anticlericales –hasta entonces considerada una cuestión republicana y burguesa-; mostrando una actitud contenida emocionalmente y no exaltada; haciendo hincapié en cuidar el cuerpo y la mente a través de paseos campestres y conferencias en los centros obreros; o incluso adoptando vestimentas que se asemejaban más a la clase media que a los mineros. Sintomático de esto último es la reseña aparecida en la *Lucha de Clases* en que se describe la vestimenta de Perezagua y Horacio Echevarrieta (empresario industrial bilbaíno candidato por la Conjunción Republicano Socialista) con ocasión de las elecciones de 1910. Perezagua acude a votar con «larga blusa azul», similar a la que llevaban los obreros de la época, y Echevarrieta con traje, algo que no debió de generar rechazo entre los obreros, ya que consiguió ganar en los barrios obreros de Bilbao la Vieja, Las Cortes y San Francisco, antaño feudos de Perezagua<sup>24</sup>. Además, la dignidad obrera pasó de ser considerada como ligada al estado del cuerpo a estar ligada a las libertades democráticas, el anticlericalismo, el *antibizkaitarrismo*<sup>25</sup> y la educación del obrero. El socialismo pasó, así, a definirse como un régimen «más equitativo donde sea un hecho el amor, la solidaridad entre los hombres»<sup>26</sup>. Es decir, produjo una redefinición del significado del amor y la solidaridad, ligados ahora a conseguir mejoras democráticas, y, por tanto, al cambiar el objetivo de esas emociones, los resultados políticos fueron diferentes, produciéndose un auténtico cambio programático dentro del socialismo vizcaíno.

Precisamente a través de las Juventudes Socialistas se dio respuesta a las ansias de esa corriente de fondo que había estado presente en el partido desde la fundación, a esas personas que no compartían el estilo emocional minero ni la táctica del constante recurso a la huelga como modo de lucha política. No es casualidad por tanto que el debate sobre el electoralismo y su importancia para conseguir poder político se hiciera ahora más potente que nunca<sup>27</sup>.

En octubre de 1903 hubo un primer intento de la nueva generación por hacerse con el control del partido. Ese mes se produjeron los sucesos anticlericales conocidos como *La Begoñada*, cuando, con ocasión de la consagración de la Virgen de Begoña como patrona de Vizcaya se produjeron actos anticlericales violentos protagonizados por republicanos y jóvenes socialistas –estos últimos alentados unos días antes por el propio Felipe Carretero durante un mitin anticlerical<sup>28</sup>-. Ante tal tesitura, y tratando de desactivar esta marejada, Perezagua llamó a la huelga minera, y una vez más fue secundado por miles de mineros, reforzando también un liderazgo que comenzaba a presentar grietas importantes.

Aunque su liderazgo se había reforzado, en todo el país el Partido Socialista debatía la conveniencia o no de concurrir a las elecciones con el partido republicano. Una de las primeras propuestas fue la llamada *proposición Quejido*, que no es casualidad que en agrupaciones como la de Erandio (zona fabril en la margen derecha del Nervión) votaran

<sup>22</sup> «Separemos a los jóvenes (...) de las juergas, de los abusos alcohólicos» (*La Lucha de Clases*, 12 -9-1903).

<sup>23</sup> *La Lucha de Clases*, 16 -1-1904.

<sup>24</sup> *El Noticiero Bilbaíno*, 6 -5-1910.

<sup>25</sup> *Bizkaitarrismo* es el nombre con el que se conoce el primer nacionalismo vasco, concebido por Sabino Arana primeramente para Vizcaya.

<sup>26</sup> *La Lucha de Clases*, 28-03-1903.

<sup>27</sup> Sobre 1903 como año bisagra en el cambio del régimen emocional socialista, (Hidalgo, 2017).

<sup>28</sup> *El Liberal*, 4 -10-1903.

a favor<sup>29</sup>. La negativa del partido en Bilbao, controlado por Perezagua, hizo que no saliera adelante la propuesta, pero podemos observar una evolución ascendente hasta 1910, como cuando en las elecciones de 1907 Perezagua hubo de compartir lista electoral con sus antaño acérrimos enemigos, los republicanos Rafael Alonso y Pedro Bengoa<sup>30</sup>.

Poco a poco, además, y trascendiendo lo programático, se fueron fundando las casas del pueblo, lugar donde la mente se cultivaba –por tanto, se reforzaba la reivindicación del obrero como un ser racional-, y que solían contar con un café, espacio similar a los cafés de los casinos republicanos y muy distinto a la taberna obrera. De hecho, el debate sobre el alcohol y la taberna fue central. No sólo se llevó adelante, a iniciativa de Juventudes, la propuesta de ley antialcohol en el Instituto de Reformas Sociales<sup>31</sup>, que contemplaba entre otras cosas la obligatoriedad de cerrar las tabernas los domingos con el fin de que el obrero no pudiera pasar en ellas su día de asueto. También proliferaron en la prensa socialista artículos donde la persona que acudía a la taberna era negativamente connotada. El obrero ya no era presentado como una víctima del sistema capitalista por la ingesta de alcohol, por ser ese su único entretenimiento, como había contemplado el primer socialismo, sino que ahora, muy en sintonía con los planteamientos médicos alineados con el liberalismo, el obrero que bebía era responsable de su situación (Campos, 1998).

Así las cosas, cuando en 1910 se produjo la ruptura dentro del socialismo bilbaíno entre Perezagua y Prieto, no sólo asistimos a un cambio de táctica electoral o de concepción de cómo ha de desarrollarse la lucha de clases. También es una ruptura en lo emocional, en el estilo emocional obrero, en las emociones que se asocian a determinados ritos y elementos obreros hasta ese momento positivamente considerados y ahora negativamente connotados. Prieto se hizo con el control del partido en 1914, y el *prietismo*, cuya máxima «socialista a fuer de liberal» ilustra bien el nuevo sentir socialista, comenzó una andadura ascendente y triunfante en lo político y una navegación emocional que culminó en la Segunda República, cuando Indalecio Prieto encarnó en todo su esplendor la unión entre republicanismo y socialismo.

## 5. Epílogo: emociones positivas para articular políticas públicas

Se han mostrado una serie de procesos que ilustran que las emociones no solamente no son contraproducentes a la hora de articular determinadas políticas, sino que son necesarias e imprescindibles. De hecho, toda acción política, en tanto en cuanto está dirigida por personas, tiene una dimensión emocional. En la actualidad, todavía persiste la idea de que las emociones –o pasiones, o sentimientos- son negativas para el ejercicio político, que nublan la razón y nos llevan a decisiones alejadas de los «intereses» comunes, una visión que a nuestro parecer puede resultar reduccionista. La filósofa Martha Nussbaum ha sido una de las teóricas que más ha ahondado en esta cuestión. Para ella, el liberalismo –gran adalid de la racionalidad desde el siglo XIX- necesita una transformación, y ésta pasa por la «cultivación política de las emociones» y «la cultivación de las emociones públicas». Es decir, nos habla de la necesidad de incorporar a la política emociones como la empatía, el amor o la solidaridad y tratar de contrarrestar

<sup>29</sup> 17 votos a favor; 10 en contra; 1 abstención (*La Lucha de Clases*, 5 -9- 1903).

<sup>30</sup> *La Lucha de Clases* 9-03-1907.

<sup>31</sup> Fue Francisco Largo Caballero quien defendió esta propuesta en el Instituto de Reformas Sociales que contemplaba que los domingos, día de descanso, se cierran las tabernas, y no haya corridas de toros, «fundándose en la necesidad de facilitar al obrero diversiones cultas en el día de descanso» (*El Socialista*, 8 -7-1904).

o desactivar emociones como el asco, el miedo o la envidia (Nussbaum, 2014: 15-16 y 379-456).

En este trabajo se ha querido mostrar que las emociones no sólo son inherentes al ser humano y a su acción, sino que tejen y se filtran en la acción política y pueden resultar muy positivas y productivas para la misma. La solidaridad, la empatía, la adhesión emocional a una idea o a una historia común, compartir las mismas emociones y la misma experiencia, son sólo algunos de los elementos que han jalonado la historia de la izquierda en España y han contribuido a moldearla. Porque, tal y como nos recuerda el historiador William Reddy, las emociones basamentan los sistemas políticos y, sin duda, algunas de las emociones expuestas han sostenido la historia de la izquierda en España a lo largo del siglo XX. La historia del partido socialista vasco mostrada así lo ha evidenciado, desde que en 1890 las emociones obreras dieron forma en lo político al primer movimiento obrero vasco.

## Bibliografía

- Abu-Lughod, L. (1986) *Veiled sentiments. Honor and poetry in a Bedouin society*. California, University of California Press
- Ahmed, S. (2004). *The cultural politics of emotion*. United Kingdom, Edinburgh University Press.
- Biess, F. y Gross, D. (eds.) (2014). *Science and Emotions after 1945*, Chicago, University of Chicago Press
- Campos Marín, R. (1997). *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas
- Campos Marín, R. (1998). El obrero abstemio. Salud moral y política en el discurso antialcohólico del socialismo español a principios de siglo, *Historia Social* 32: 27-43.
- Capellán de Miguel, G. (2004). Cambio conceptual y cambio histórico. Del pauperismo a la cuestión social. *Historia Contemporánea* 29: 539-590
- Castillo, S. (1985). *Reformas sociales. Tomo II Información escrita practicada por la Comisión de Reformas en Madrid. Publicada en 1890*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Collins, R. (2001). Social movements and the focus of Emotions Attention. E Goodwin, J.; Jasper, J. y Polletta, F. *Passionate Politics. Emotions and social movements*, Chicago, Chicago University Press
- Cruz, R. (1997) La cultura regresa al primer plano, Cruz, R. y Perez Ledesma, M. *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza, 1997
- Damasio, A. (2010/1994). *El error de Descartes*. Crítica. Barcelona.
- Domenech, A. (2004). *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*, Barcelona, Crítica
- Fabra, N.M. (1892). *El problema social*. Madrid: Librería de Fernando Fe
- Febvre, L. (1973). Sensibility and History: How to Reconstitute the Emotional Life of the Past. En Burke, P. (ed.), *A New Kind of History*, London, Harper Row
- Felipe Redondo, J. *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*. España, Genuève, 2012
- Frazer, M. (2010). *The Enlightenment of Sympathy. Justice and the Moral Sentiments in the Eighteenth Century and Today*, New York, Oxford University Press
- Fusi, J.P. (1975). *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Taurus
- Gadol, K. (1987). Did women have a Renaissance?. En: Bridental, Renate y Claudia Koonz: *Becoming visible. Women in European history*. Boston: Houghton Mifflin

- García Álvarez, L.B. (2008). Intemperancia, degeneración y crimen: el discurso antialcohólico como estrategia de control social en la Asturias de la Restauración. *Historia Contemporánea* 5 : 57-84
- Gil y Fresno, J. (1871). *Higiene física y moral del bilbaíno*. Bilbao: Imprenta de Juan E. Delmas
- Gómez Molleda, M.D. (1980): *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones universidad de Salamanca
- González de Durana, J. (2011). *Tomás Meabe. Una puñalada luminosa en la sombra*. Muelle de Uribitarte. Bilbao
- Gould, D. (2009). *Moving politics. Emotion and acts up's fight against AIDS*. Chicago, University of Chicago Press
- Gross, D. (2007). *The secret history of emotion. From Aristotles Rhetoric to Modern Brain Science*, Chicago, Chicago University Press
- Habermas, J. (1990). «What does Socialism Mean Today? The Rectifying Revolution and the Need for the New Thinking of the Left?”. *New Left Review*, 183 (1)
- Habermas, J. (1992). *Structural transformation of the public sphere. An inquiry into a category of Bourgeois society*, Cambridge, Cambridge University Press
- Hake, S. (2017). *The proletarian dream. Socialism, culture and Emotion in Germany, 1863-1933*, Berlin, De Gruyter.
- Hidalgo García de Orellán, S. (2015). Emociones socialistas en la huelga minera de 1890. La formación de la conciencia de clase y el giro emocional, *Historiografías*, 10, pp. 31-48
- Hidalgo García de Orellán, S. (2016). Emociones y liderazgo político en la Vizcaya finisecular. Facundo Perezaga, líder socialista, *Sancho el Sabio*, 39
- Hidalgo García de Orellán, S. (2018) The roots of 1909 Republican-Socialist Alliance: changes in the class emotional regime in 1903 Biscay, *Revista de Estudios Sociales*, 62: 16-28.
- Lazarus, R. (1982). Thoughts on the relations between emotion and cognition, *American Psychologist*, 37, págs. 1019-1024.
- Lowy, M (2008), *Rebelión y melancolía: el romanticismo a contracorriente de la modernidad*. Nueva Visión. Buenos Aires
- Matt, S. y Stearns, P. (eds) (2014). *Doing emotions history*, Chicago, University of Illinois Press
- Miralles, R. (1990). La gran huelga minera de 1890: en el origen del movimiento obrero en el País Vasco, *Historia Contemporánea*, 3 , pp. 15-44.
- Monlau, P.F. y Salarich, J (1984/1856). *Condiciones de vida y trabajo obrero en España a mediados del siglo XIX*. Anthropos. Barcelona
- Moral, E. (coord.) (2015): *Tomás Meabe: Fundador de las Juventudes Socialistas*. Madrid, Editorial Pablo Iglesias
- Nussbaum, M. (2006): *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Katz, Buenos Aires
- Nussbaum, M. (2014). *Emociones políticas ¿Por qué el amor es importante para la justicia?*, Barcelona, Paidós
- Pérez Ledesma, M. (1997). La formación de la clase obrera: una creación cultural. Pérez Ledesma, M y Rafael C., *Cultura y moivlización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza
- Ralle, M. (1989).“La sociabilidad obrera en la sociedad de la Restauración (1875-1910)”. *Estudios de Historia Social*, Volumen 50/51

- Reddy, W. M. (1997). Against constructionism. The historical ethnography of emotions. *Current Anthropology*, (38), 327-351.
- Reddy, W. M. (2001). *The Navigation of Feeling. A framework for the history of Emotions*, Nueva York, Cambridge University Press
- Rosaldo, M. (1980). *Knowledge and passion. Ilognot notions of self and social life*, Cambridge, Cambridge University press
- Stearns, P. y Stearns, C. (1985). Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards, *The American Historical Review*, 90 (4) pp. 813-836
- Thompson, E. P. (1963). *The making of the English Working Class*, New York, Pantheon Books, 1964
- Thompson, E. P. (1971). "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century" *Past and Present*, 50
- Thompson, E. P. (1981). *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica
- Wilde, L. (2014). Three forms of nineteenth century working class solidarity and their current relevance, Scott, H.B y Walter, M.A: *Cultural Difference and Social Solidarity: Solidarities and Social Function*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, 2014, pp. 14-30